

EL IMPERIALISMO CONTRA LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS

(Extractos)

Iñaki Aginaga

1. SOCIEDAD Y POLÍTICA

Las sociedades humanas han sido siempre conflictivas, en forma y grado que las demás sociedades animales no han tenido nunca. Sus condiciones de relación, extensión, evolución e involución, dinámica, producción, comunicación, lo hacen inevitable. El conflicto inmanente y permanente se resuelve por el choque entre poderes. Los fuertes se comen, someten explotan o destruyen a los débiles, los ricos a los pobres, los listos a los tontos, según las leyes universales de la selección natural.

La especie humana es la más incurablemente agresiva y destructiva que evolución, mutación y selección zoológicas han originado sobre el planeta Tierra, la especie más destructora de la ecología, del reino vegetal y el reino animal, de las demás especies zoológicas y de sí misma que nunca ha existido. <Además de atacar sistemáticamente el mundo vegetal, zoológico y el equilibrio geológico del planeta, su acción no amansa a las fieras, pero rompe los equilibrios extraespecíficos y destruye las inhibiciones intraespecíficas de la agresividad funcional.>

A diferencia de otros animales, la especie humana no ha encontrado, inventado o conservado nunca los recursos inhibitorios de las fuerzas de destrucción intraespecífica que ha desarrollado, con una agresividad casi ilimitada, una crueldad, un armamento y una capacidad de destrucción fuera de toda posible equiparación con los de aquéllos. Las salvaguardas biológicamente institucionalizadas, los equilibrios agresivos, la estabilización del ataque y la defensa, de la dominación y la sumisión al más fuerte, la reacción especializada de fuga, de repulsión y reproducción, los instintos básicos de agresión y fuga, las afinidades y la eventual solidaridad inducida por el peligro extraespecífico, geológico o astronómico, el reconocimiento de la alteridad y la identidad personales, los lazos afectivos, las distancias críticas o geográficas, las limitaciones materiales y psicológicas del armamento hasta su presente transformación tecnológica, nada de esto funciona ahora.

Un mundo terrenal sin violencia no existe ni ha existido nunca, queda fuera de toda experiencia. El hombre es un animal naturalmente débil y desarmado, cuyo instinto de agresión no ha sido reducido sino potenciado por el desarrollo cultural. “Animal o humana, la combatividad tiene una raíz propiamente biológica”. La especie humana se sitúa en el nivel más alto de agresividad del reino animal. La violencia intraspecífica *aumenta* cuantitativa y cualitativamente con el desarrollo de la cultura y la civilización.

Los conflictos sociales se crean y resuelven según lo determina la relación general de fuerzas. La violencia es el medio *natural, normal y universal* de producción y solución de conflictos. La política *es* la determinación del comportamiento *por medio* de la violencia. *Toda* política es violencia actual y virtual, aunque no toda violencia es política. La política sin violencia es una simple contradicción en los términos. En política, los hombres y los pueblos no se ordenan como buenos y malos, sino como fuertes o débiles, capaces o incapaces de violencia actual y virtual, que les asegura viabilidad y supervivencia.

Los “idealistas” hipócritas, pacifistas y no-violentos que, en el mundo de guerra y crímenes de masa en que vivimos, hablan del “valor supremo y absoluto de una sola gota de sangre”, y

rechazan “toda violencia venga de donde venga” sin denunciar, en primer término y como base de toda consideración ideológica y política, la violencia fascista e imperialista, son imbéciles, psicópatas, farsantes y, en cualquier caso, agentes del imperialismo y del fascismo.

Toda relación y toda empresa de dominación en la sociedad humana se establecen mediante el ejercicio de diversos factores, demográficos, económicos, políticos e ideológicos, que se refuerzan o contrarrestan, se implican, suceden y complementan mutuamente.

Toda realidad política, como sus especies bélica y jurídica, consiste en la determinación del comportamiento social por la violencia, toda historia política en su evolución. Una y otra se insertan en la relación general de fuerzas y su expresión estratégica, dentro de la totalidad histórica y social que las concreta. Todo grupo social se realiza como agente en esta dimensión o sufre un proceso ineludible de liquidación generalizada.

Una sociedad “apolítica, ácrata, anarquista”, en el sentido primero de la palabra, excede de toda realidad y toda experiencia. En la realidad política nacional e internacional, la paz y la guerra, las cuestiones de los derechos humanos, del imperialismo y el fascismo, de la libertad y la democracia se constituyen, tratan y resuelven, en un sentido o en otro, por la violencia, no por la no-violencia, los buenos sentimientos o el imaginario normativista. No hay guerra ni paz sin violencia. No son el amor, el altruismo, la filantropía, el reconocimiento de los otros pueblos los que ordenan y desordenan las relaciones políticas, son la agresión, la guerra y la represión, la muerte, el odio, el temor y el terror. “El que hierde por la espada perecerá por la espada’ dice la Escritura, pero, ay, el que no saca la espada muere en la cruz.” Los pacíficos serán bienaventurados en el otro mundo, pero en éste acaban en el matadero.

La realidad política, sólo presenta una alternativa, la paz o la guerra, el orden o el desorden. La paz y el conflicto, el orden y el desorden políticos se fundan en la violencia, que adopta formas diferentes según las épocas, la relación de fuerzas políticas e ideológicas, la sucesión o la combinación de guerra y paz, el contexto cultural, el tipo de civilización y otros factores. Guerra, subyugación, terrorismo, represión, se refuerzan y estimulan con demostraciones de fuerza duras o “blandas”, ejecuciones y torturas públicas y “privadas”, oficiales y oficiosas, legales o “ilegales”, desfiles, maniobras, exhibiciones, intimidaciones, retribuciones, ascensos, homenajes, celebraciones, conmemoraciones y condecoraciones.

Quienes pretenden tratar de, o actuar en, política, deben necesariamente partir de esa realidad, cualquiera que sea el juicio que les merezca, los sentimientos que les inspire y los proyectos, utopías o soluciones de sustitución que propongan para salir de ella. Si pretenden ignorarla, camuflarla o reemplazarla, “sustituyendo” la política y el derecho reales por un modelo ideal, imaginario, de sociedad, lo que es por lo que debe ser o lo que va a ser, pueden estar locos o estar cuerdos, pero son agentes y arteros instrumentos de las fuerzas que dicen combatir. Sirven entonces a la violencia totalitaria como solución real de los conflictos.

La política es la eliminación, la reducción del adversario o la determinación de su comportamiento por medio de la violencia. Toda violencia no es política, pero toda política es violencia. La violencia es constitutiva de toda política y de todo derecho.

El derecho es el orden político, la determinación del comportamiento se realiza por medio del monopolio de la violencia. La anarquía y la guerra son la alternativa al derecho. Todo derecho es política, pero toda política no es derecho. La norma jurídica resulta de la determinación del comportamiento por el miedo a la violencia institucionalmente condicionada.

La guerra, la opresión, la destrucción por la violencia de los otros pueblos son lo propio del estado de naturaleza en que viven los humanos, no limitado sino potenciado por la cultura y la civilización, que han destruido las condiciones, salvaguardas y compensaciones de las sociedades primitivas sin construir ni aportar otras. Ni la limitación por los instintos, ni la aparición de la razón, ni el invento de la moral, ni la civilización y el progreso cultural y técnico, les permite llegar más lejos, sino todo lo contrario.

La humanización, no la deshumanización, lleva a la ruina de la humanidad y del planeta, por su mismo desarrollo natural, según la propia lógica interna del sistema. La expansión y la concentración tendencialmente ilimitadas de la especie humana son muy superiores a su capacidad de evolución, adaptación y organización. En virtud del progreso cultural y técnico, su conflictividad inherente aumenta en vez de disminuir. Su aptitud para destruir es muy superior a su aptitud para construir y reconstruir.

Para esta problemática, no hay solución filogenética ni ontogenética, ni cultural, ni política. La humanidad puede, todo lo más, ir tirando con lo que hay. Tiene en sí misma la llave de su destrucción, su autodestrucción es perspectiva mucho más razonable que su reconciliación. No corre hacia un inevitable desarrollo feliz de la historia, sino hacia la catástrofe final, para la que acumula todas las opciones.

La interacción del miedo y la agresividad ha hecho del hombre el más conflictivo y peligroso animal de presa. Su propia naturaleza determina relaciones intraespecíficas de conflictividad exorbitante y agresividad excepcionales. Los grupos humanos reaccionan ante los demás por la agresión, tratan de destruir, dominar, robar, esclavizar, explotar, matar, comerse, asimilarse, defenderse de, e imponerse a, los demás, imponerse a los demás por todos los medios a su alcance.

El hombre es el peor enemigo del hombre. No hay ejemplo histórico o prehistórico de pueblo que, pudiendo evitarlo, haya aceptado la presencia y el libre desenvolvimiento de los otros, aunque haya pueblos especialistas para los que la liquidación de los demás es empresa permanente, prioritaria, irrenunciable, hasta comprometer con ella sus propios bienestar, libertad y existencia.

La selección natural, en que sobreviven los mejores, (en todo caso, los mejores para sobrevivir), sanciona la victoria del más fuerte.

Toda relación y toda empresa de dominación en la sociedad humana se establecen mediante el ejercicio de diversos factores, demográficos, económicos, políticos e ideológicos, que se refuerzan o contrarrestan, se implican, suceden y complementan mutuamente. Los conflictos sociales se crean y resuelven según la relación general de fuerzas.

Desde que el mundo es mundo, antes y después de la aparición del animal humano, los conflictos sociales se constituyen, resuelven, limitan o neutralizan por la violencia, el medio más directo, inmediato, natural, universal, preferente y espontáneo, de solución de los conflictos. “Nos guste o no, así son las cosas.” Y así seguirán siendo en todo avenir previsible, hasta que la especie humana se destruya a sí misma, destruyendo de paso el planeta y llevándose por delante a todos sus habitantes.

La política está constituida por la violencia actual y virtual, que determina el comportamiento y las ideas de los que le están sujetos, como corresponde a la especie humana, la más incurablemente agresiva y destructiva que evolución, mutación y selección zoológicas han originado sobre el planeta Tierra.

Toda realidad política, como su especie jurídica, consiste en la realización social de la violencia, toda historia política en su evolución. Una y otra se insertan en la relación general de fuerzas y su expresión estratégica, dentro de la totalidad histórica y social que las concreta. Todo grupo social se realiza como agente en esta dimensión o sufre un proceso ineludible de liquidación generalizada. Toda política es tal por referencia estratégica, se constituye por el proyecto, la conquista, la distribución, el ejercicio de la violencia. Fuera de ello, no hay política. La selección estratégica de fines y medios depende de la relación de fuerzas, la situación, el momento y el contexto internacional, de los fines absolutos o relativos del imperialismo.

Toda política y todo derecho, incluidos los derechos humanos fundamentales, son violencia, discriminación e imposición. En la paz como en la guerra, toda política y todo derecho, incluidos los derechos humanos fundamentales, *son* violencia, homicidio, secuestro, deportación, imposición, represión, amenaza, intimidación discriminación, extorsión. Fuera de ello, no hay política. En política, el uso de la violencia no es cuestión de principios políticos, o morales, es “simple” cuestión de estrategia. La cuestión es quién ejerce la violencia y quién la padece, qué se impone, a quién y por quién, quién discrimina a quién, en qué y para qué.

La paz y el conflicto, el orden y el desorden políticos se fundan en la violencia, que adopta formas diferentes según las épocas, la relación de fuerzas políticas e ideológicas, la sucesión o la combinación de guerra y paz, el contexto cultural, el tipo de civilización y otros factores. Guerra, subyugación, ocupación, terrorismo, represión, secuestros, deportación, pillaje, extorsión, ejecuciones y torturas públicas y “privadas”, legales e “ilegales”, oficiales y oficiosas, se refuerzan y estimulan con demostraciones de fuerza duras y “blandas”, desfiles, maniobras, exhibiciones, intimidaciones, retribuciones, ascensos, homenajes, celebraciones, conmemoraciones y condecoraciones.

La violencia es el medio más directo, inmediato, natural, universal, preferente y espontáneo, de solución de los conflictos sociales. La política es la determinación del comportamiento por medio de la violencia. La política *es* violencia. Toda política es violencia, aunque no toda violencia es política. La violencia es constitutiva de la política. La violencia no es una variable forma de acción política, no es compatible ni incompatible con la política, política y

no-violencia son incompatibles. La política no es “compatible ni incompatible” con la violencia, política y no-violencia son incompatibles. Sin violencia no hay política.

La violencia no es un medio ocasional, tardío, circunstancial y más, menos o nada válido, recomendable o aceptable para obtener fines políticos. La violencia no es *un* medio ocasional, tardío, circunstancial y más o menos recomendable o aceptable para obtener fines políticos, “la violencia es el medio específico de la política”, es el medio constitutivo de la política. Los fines son políticos en cuanto tienen por medio la violencia, y dejan de serlo si prescinden del medio que los constituye.

Es imposible diferenciar por la presencia o la ausencia de violencia una política de otra. Por diferentes que sean sus fines, todas emplean el mismo medio. En la paz como en la guerra, la política implica homicidio, secuestro, deportación, imposición, extorsión, discriminación, represión, amenaza, intimidación. Por diferentes que sean sus fines, todas emplean el mismo medio. En política, el uso de la violencia no es cuestión de moral o de principios, es “simple” cuestión de estrategia. En política, los hombres y los pueblos no se ordenan como buenos y malos, sino como fuertes o débiles, capaces o incapaces de la violencia actual y virtual que les asegura viabilidad y supervivencia.

La violencia actual o efectiva y virtual o potencial *precede y constituye* el orden y el desorden políticos, el derecho y los derechos, el Estado, la guerra y la paz. El derecho es el orden político, la determinación del comportamiento por medio del monopolio de la violencia. Todo derecho es política, aunque no toda política es derecho. No hay más política, ni más derecho, ni más normas jurídicas que los constituidos por la violencia. Sin violencia no hay derecho ni derechos, los derechos fundamentales no existen. “El derecho es conservador”, su capacidad *de reacción* sobre la política y la relación general de fuerzas es muy reducida.

La violencia no interviene, tardíamente, para “defender o restaurar el derecho amenazado o conculcado”. La violencia actual o efectiva es fundamento de la violencia virtual o potencial. Las normas políticas y jurídicas tienen por verdadera “fuente” la previsión y la amenaza de violencia, que las constituyen. El miedo a la violencia, secuencia primaria, instintiva, emocional, afectiva de la prudencia, es componente de la paz y de la guerra, de la norma jurídica y del método de gobierno. “La organización social está fundada en su mayor parte sobre el miedo.” “La soberanía es el derecho exclusivo de dar miedo a los demás.” Su dosificación, estratégica y tácticamente adaptada, es parte importante del arte político. En la guerra y los regímenes de alta conflictividad del imperialismo y el fascismo, el miedo se hace terror o se transforma en pánico. A partir de un grado objetivo de intensidad de las luchas sociales, el terrorismo es la forma natural y normal de gobierno. Los conflictos relativos pueden, a veces, pasarse sin él, los conflictos absolutos presentan las condiciones ideales para su producción.

Solamente la superior capacidad de violencia confiere el poder político, cualquiera que éste sea. No hay paz ni sociedad que no se constituyan por la violencia. Sin ella, no hay sociedad, ni política ni derecho, ni Estados. “Nos guste o no, así son las cosas.” Y no como idealistas, utopistas, moralistas o embaucadores hipócritas piensan o dicen que deberían ser.

El ejercicio, el control y la limitación de la violencia son el contenido de la actividad política, en la guerra como en la “paz”. En la guerra como en la paz, la política implica homicidio, secuestro, deportación, imposición, extorsión, discriminación, represión, amenaza, intimidación. Fuera de ello, no hay política. Es imposible diferenciar por la presencia o la ausencia de violencia una política de otra. Por diferentes que sean sus fines, todas emplean el mismo medio. En política, el uso de la violencia no es cuestión de moral o de principios, es “simple” cuestión de estrategia.

Todo animal social se realiza como agente en esta dimensión o sufre un proceso ineludible de liquidación. “Desde siempre los grupos políticos más diversos han tenido todos la violencia física por el medio normal de poder”. “Es el único arte que corresponde a los que mandan.” Solamente la superior capacidad de control de la violencia confiere el poder político, cualquiera que éste sea. El que no hace “oficio de ello” deviene “objeto de desprecio”. “Porque del hombre armado al que no lo está, no hay ninguna comparación; y la razón no quiere que un hombre armado obedezca voluntariamente al que está desarmado, ni que un hombre desarmado pueda estar seguro entre sus servidores armados”.

“Todo Estado está fundado sobre la fuerza”. “No hay Estado que se haya creado o se mantenga sin el uso de la fuerza.” “Todo poder del Estado reposa sobre la fuerza de las armas.” El Estado “no se deja definir sociológicamente sino por el medio específico que le es propio, como a todo otro grupo político, a saber la violencia física.” “Sin los cañones, parte muy importante de la constitución”, su dominación no es nada.

El derecho es la determinación del comportamiento por medio del monopolio de la violencia. “El derecho es conservador”, su capacidad de reacción sobre la política y la relación general de fuerzas es muy reducida.

Las normas políticas y jurídicas tienen por verdadera “fuente” la previsión y la amenaza de violencia, que las constituyen. El miedo a la violencia, secuencia instintiva, emocional, afectiva de la prudencia, es componente de la paz y de la guerra, de la norma jurídica y del método de gobierno. “La organización social está fundada en su mayor parte sobre el miedo.” “La soberanía es el derecho exclusivo de dar miedo a los demás.” Su dosificación, estratégica y tácticamente adaptada, es parte importante del arte político. En la guerra y los regímenes de alta conflictividad del imperialismo y el fascismo, el miedo se hace terror o se transforma en pánico. A partir de un grado objetivo de intensidad de las luchas sociales, el terrorismo es la forma natural y normal de gobierno y de desgobierno. Los conflictos relativos pueden, a veces, pasarse sin él, los conflictos absolutos presentan las condiciones ideales para su producción.

En política, el uso de la violencia no es cuestión de principios políticos, o morales, es “simple” cuestión de estrategia. En la paz como en la guerra, toda política y todo derecho, incluidos los derechos humanos fundamentales, *son* violencia, homicidio, secuestro, deportación, imposición, represión, amenaza, intimidación discriminación, extorsión. Fuera de ello, no hay política. La cuestión es quién ejerce la violencia y quién la padece, qué se impone, a quién y por quién, quién discrimina, a quién y en qué.

Un individuo o un grupo no es indeseable, delincuente o criminal de derecho político e internacional porque asesina, roba, oprime, destruye, deporta, tortura o extermina a sus víctimas, sino porque no lo hace en el grado suficiente para ser considerado como honorable sujeto de derecho, y no como despreciable carne de horca, de presidio o de genocidio. No son la razón, la ciencia, los valores y los principios “humanos universales” los que deciden de la conducta, del derecho, de la guerra y la paz, sino el imperativo ciego y sin recurso del instinto de agresión y supervivencia del grupo simbiótico efectivo de pertenencia vital.

No hay paz ni sociedad que no se constituya por la violencia. Sin ella, no hay paz, ni sociedad, ni política ni derecho, ni Estados. La política es la determinación del comportamiento por medio de la violencia. La violencia es *constitutiva* de toda política y de todo derecho. Política y violencia no son “compatibles ni incompatibles”. Política y no-violencia son incompatibles. Toda política es violencia, aunque no toda violencia es política. Es imposible diferenciar por la presencia o la ausencia de violencia una política de otra. Por diferentes que sean sus fines, todas emplean el mismo medio. “La violencia es el medio específico de la política.” La violencia no es un medio ocasional, tardío, circunstancial y más o menos recomendable o aceptable para obtener fines políticos, es el medio constitutivo de la política. Los fines son políticos en cuanto tienen por medio la violencia, y dejan de serlo sin el medio que los constituye. La violencia actual o efectiva y virtual o potencial precede y constituye el orden y el desorden políticos, el derecho y los derechos, el Estado, la guerra y la paz. “Nos guste o no, así son las cosas.” Y así seguirán siendo en todo avenir previsible, mientras la especie humana no se destruya a sí misma, destruyendo de paso el planeta y llevándose por delante a todos sus habitantes.

“Desde siempre los grupos políticos más diversos han tenido todos la violencia física por el medio normal de poder”. “En nuestros días, la relación entre Estado y violencia es particularmente íntima.” “Todo poder del Estado reposa sobre la fuerza de las armas.” <Bauer>. “El Estado es un puro producto de la fuerza.” “Sin los cañones, parte muy importante de la constitución” (Lassalle), su dominación no es nada. “Todos los Estados que conocemos han nacido de la guerra.” El Estado “no se deja definir sociológicamente sino por el medio específico que le es propio, como a todo otro grupo político, a saber la violencia física. ‘Todo Estado está fundado sobre la fuerza’, decía un día Trotsky en Brest-Litovsk. Así es, en efecto. Si no existieran sino estructuras sociales donde toda violencia estaría ausente, el concepto de Estado habría entonces desaparecido y no subsistiría más que lo que se llama, en el sentido propio del término, la ‘anarquía’”.

Donde el puro y simple exterminio no es el objetivo inmediato de la violencia, una vez ganada la guerra y establecido el monopolio de la violencia y el terror, la violencia “no necesita intervenir sino cuando una resistencia se opone a la ejecución de estas normas, lo que normalmente no ocurre. Los órganos del Estado moderno disponen de los medios de fuerza necesarios en una medida tal que normalmente toda resistencia es vana. Así como una violencia organizada no puede subsistir sino si puede, tantas veces como hace falta, imponerse como violencia, tampoco podría de ninguna manera subsistir si debiera en toda ocasión manifestarse como violencia”. Suficientemente condicionado, el paciente se somete “voluntariamente” a los dictados del poder establecido. En un mundo “ideal”, imaginario,

donde se condenara efectivamente y no hipócritamente “toda violencia venga de donde venga”, no habría violencia actual ni virtual, ni poder político real, ni derecho, ni Estado.

La política es la determinación de la condición y el comportamiento de los sujetos por medio de la violencia. Toda política es violencia, aunque no toda violencia es política. No hay más política, ni más derecho, ni más normas que los constituidos por la violencia. Sin violencia no hay política. La violencia actual o efectiva es fundamento de la violencia virtual o potencial. Sin violencia no hay Estado, ni derecho, ni derechos, los derechos fundamentales no existen. La política no es “compatible ni incompatible” con la violencia, está constituida por ella. Política y no-violencia son incompatibles.

Política y no-violencia son incompatibles. En la guerra como en la paz, la política implica homicidio, secuestro, deportación, imposición, extorsión, discriminación, represión, amenaza, intimidación. Fuera de ello, no hay política. Es imposible diferenciar por la presencia o la ausencia de violencia una política de otra. Por diferentes que sean sus fines, todas emplean el mismo medio. En política, el uso de la violencia no es cuestión de moral o de principios, es “simple” cuestión de estrategia.

Es imposible diferenciar por la presencia o la ausencia de violencia una política de otra. Por diferentes que sean sus fines, todas emplean el mismo medio. “La violencia es el medio específico de la política.” En política, el uso de la violencia no es cuestión de moral o de principios, es “simple” cuestión de estrategia.

Solamente la superior capacidad de control de la violencia confiere el poder político, cualquiera que éste sea. Toda política y todo derecho, incluidos los derechos humanos fundamentales, son violencia, discriminación e imposición. En la paz como en la guerra, la política implica homicidio, secuestro, deportación, imposición, extorsión, discriminación, represión, amenaza, intimidación. Fuera de ello, no hay política. La cuestión es quién ejerce la violencia y quién la padece, qué se impone, a quién y por quién, quién discrimina, a quién y en qué.

La violencia no es un medio ocasional, tardío, circunstancial y más o menos recomendable o aceptable para obtener fines políticos. Los fines son políticos en cuanto tienen por medio la violencia, y dejan de serlo si prescinden del medio que los constituye. Toda violencia no es política, pero toda política, democrática o no, es violencia.

No hay más política, ni más derecho, ni más normas jurídicas que los constituidos por la violencia. La violencia actual o efectiva y virtual o potencial *precede y constituye* el orden y el desorden políticos, el derecho, el Estado y la guerra. Sin violencia no hay derecho ni derechos, los derechos fundamentales no existen.

La violencia actual o efectiva es fundamento de la violencia virtual o potencial. Las normas políticas y jurídicas tienen por verdadera “fuente” la previsión y la amenaza de violencia, que las constituyen. El miedo a la violencia, secuencia primaria, instintiva, emocional, afectiva de la prudencia, es componente necesario de la paz y de la guerra, de la norma jurídica y del método de gobierno. En política, “es mucho más seguro hacerse temer que hacerse amar.”

“La organización social está fundada en su mayor parte sobre el miedo.” “La soberanía es el derecho exclusivo de dar miedo a los demás.” Su dosificación, estratégica y tácticamente adaptada, es parte importante del arte político. En la guerra y los regímenes de alta conflictividad del imperialismo y el fascismo, el miedo se hace terror o se transforma en pánico. A partir de un grado objetivo de intensidad de las luchas sociales, el terrorismo es la forma natural y normal de gobierno. Los conflictos relativos pueden, a veces, pasarse sin él, los conflictos absolutos presentan las condiciones ideales para su producción.

El derecho es el orden político, la determinación del comportamiento por medio del monopolio de la violencia. Todo derecho está constituido por la violencia. Todo derecho es política, aunque no toda política es derecho. La capacidad de reacción del derecho en política general es muy limitada. “El derecho es conservador”, aunque no estático o invariable, su capacidad *de reacción* en la relación política de fuerzas es muy reducida. Es el derecho de la política y los intereses dominantes que lo fabrican. La violencia no “interviene”, tardíamente, “para apoyar, defender o restaurar el derecho amenazado o conculcado”. “El derecho, es conservador”, su capacidad *de reacción* sobre la política y la relación general de fuerzas es muy reducida.

“Todo poder de Estado reposa sobre la fuerza de las armas.” <Bauer>. El Estado “no se deja definir sociológicamente sino por el medio específico que le es propio, como a todo otro grupo político, a saber la violencia física.” (Weber). “Sin “los cañones, parte muy importante de la constitución”, (Lassalle), su dominación no es nada.

“Desde siempre los grupos políticos más diversos han tenido todos la violencia física por el medio normal de poder”. “Todo Estado está fundado sobre la fuerza”. “No hay Estado que se haya creado o se mantenga sin el uso de la fuerza.” <Aron 580>.

La anarquía y la guerra son las alternativas al orden político. La violencia no interviene, tardíamente, para ejercer, establecer o restablecer el derecho amenazado o conculcado. La violencia precede y constituye el orden y el desorden políticos, el derecho, el Estado y la guerra. La norma política y su especie jurídica resultan de la violencia actual y virtual, que condicionan el comportamiento prudente del paciente social.

“La intimidación es el más poderoso medio de acción política tanto en la esfera internacional como en el interior. La guerra, como la revolución, reposa sobre la intimidación. La organización social está fundada en su mayor parte sobre el miedo. La soberanía es el derecho exclusivo de dar miedo a los demás.” (Bouthul). En la guerra y los regímenes de alta conflictividad del fascismo y el imperialismo, el miedo se hace terror o se transforma en pánico. Su dosificación, estratégica y tácticamente adaptada, es parte importante del arte político. A partir de un grado objetivo de intensidad de las luchas sociales, el terrorismo es la forma necesaria, natural y normal de gobierno y de desgobierno. Los conflictos relativos pueden, a veces, pasarse sin él, los conflictos absolutos presentan las condiciones ideales para su producción.

Las relaciones políticas internacionales se fundan en la violencia antagónica entre naciones y Estados, sin ninguna instancia “superior” de orden y poder. La violencia constituye las

relaciones, los Estados, el derecho y las organizaciones políticas internacionales, que no existen sin ella. “Todos los Estados que conocemos han nacido de la guerra.” “Sin la guerra, no habría Estado.” La guerra actual o virtual es la clave permanente del orden y el desorden establecidos. El derecho internacional, parte y producto de la política internacional, es el orden de violencia que la oposición de fuerzas políticas determina entre las naciones y los Estados, la dominación institucional de los más fuertes sobre los más débiles. La “comunidad internacional” no existe y no puede existir.

La ideología es la determinación del comportamiento por medio de las ideas. La ideología dominante es la ideología de los poderes dominantes que la producen, al servicio de sus propios intereses. Derecho e ideología son conservadores, su capacidad de reacción sobre la política y la relación general de fuerzas es muy reducida. Al margen de su fin propio y específico, el derecho es también un importante vector ideológico.

Al imperialismo y el fascismo sólo les interesan las ideas en cuanto herramientas de dominación y como objetivos a destruir. Su ideología no tiene por fin la verdad, la ciencia, el conocimiento, la información, sino su destrucción o manipulación al servicio de la dominación sobre los pueblos y la desaparición de los hombres libres. Lograr que sean cada vez más tontos, es decir cada vez más débiles, es su verdadera función. Basta con observar el resultado sobre una opinión pública indefensa para darse inmediata cuenta de la temible eficacia con que la realizan.

La propaganda fascista e imperialista es formalmente irracional, lo que ideológicamente no le causa perjuicio considerable, sino más bien todo lo contrario. “La exclusión de toda violencia como medio para conseguir fines políticos, la política por medios exclusivamente pacíficos y no violentos”, son engaños para encubrir y reforzar ideológicamente el monopolio de la violencia. La “democracia no-violenta”, como la política sin violencia, es una simple contradicción en los términos. La democracia es violencia, como toda política.

Los idealistas hipócritas, pacifistas y no-violentos que, en el mundo de guerra y crímenes de masa en que vivimos, rechazan “toda violencia venga de donde venga” sin denunciar, en primer término y como base de toda consideración ideológica y política, la violencia, fascista e imperialista, ignoran, ocultan, aprueban, apoyan, disfrazan, reconocen y bendicen la violencia monopolista constitutiva de la política y del Estado. Son Imbéciles o farsantes y, en cualquier caso, agentes del imperialismo y el fascismo.

La nación, como antes la horda, la tribu o la ciudad, es el ámbito máximo de relativa solidaridad, de moralidad y de legalidad que la humanidad ha alcanzado. “En política, la nación y no la humanidad es el hecho definitivo.”

Si ya en cuanto súbditos “todos los hombres son ingratos, cambiantes, disimulados, enemigos del peligro, ávidos de ganancias” <Machiavelo> y, generalmente, egoístas, peligrosos, agresivos, falsos, mentirosos, tramposos, traicioneros, ladrones u homicidas, qué no serán cuando tienen en sus manos la capacidad de destrucción de la política internacional. “El cuerpo político no tiene corazón. En política no hay tal cosa como humanidad.” El sentimiento y el comportamiento altruistas que puede encontrarse en las relaciones naturales

de familia y de proximidad, están raramente presentes en la sociedad civil y completamente ausentes de las relaciones internacionales. Las personas son a veces capaces de espontánea honradez, las naciones y los Estados, nunca. La moral internacional no existe sino como arma de propaganda y guerra psicológica, instrumento ideológico de la relación general de fuerzas.

“Todos los pueblos actúan continuamente los unos contra los otros, y tienden a agrandarse a costa de sus vecinos.” “¿Qué son los grandes imperios sino bandas de malhechores en grande?” (A)

La agresión, la guerra, la opresión, la destrucción por la violencia de los otros Estados y naciones son lo propio y la normalidad del estado de naturaleza en que viven naciones y Estados. Determina relaciones de violencia antagónica y conflicto permanente entre ellos, sin orden ni poder supranacional que las trascienda. La “comunidad internacional” no existe y no puede existir.

Buscar, atribuirse y utilizar la mayor capacidad posible de violencia actual y virtual a su alcance, disminuyendo o anulando la de los demás, tal es la norma fundamental de la política internacional, la única que sus actores conocen y practican. No es la paz, sino la guerra actual o virtual, la clave permanente del orden y el desorden establecidos, la razón suprema y la única garantía de la política y del derecho entre los Estados, que se encuentran siempre en posición o en disposición de “guerra de todos contra todos”. Belicismo y militarismo son la actitud espontánea de los Estados y pueblos dominantes. Ofensiva y defensiva son estratégica y genéticamente inseparables e interactivas, hasta confundirse en la guerra “preventiva”. El temor mutuo y la estrategia del terror impulsan, exasperan y constituyen los conflictos internacionales. El miedo es el más irreductible principio activo del imperialismo.

La guerra “se acompaña de restricciones ínfimas, a penas dignas de ser mencionadas, que se impone bajo el nombre de derecho de gentes, pero que, de hecho, no debilitan sus fuerza.” (CI). El derecho internacional, parte y producto de la política internacional, es el orden de violencia que la oposición de fuerzas políticas determina entre las naciones y los Estados, la dominación institucional de los más fuertes sobre los más débiles.

En la realidad de las relaciones internacionales y del derecho internacional, la libertad y la voluntad de los pueblos no cuentan para nada sino por cuanto constituyen la fuerza con que se realizan. “Para los fuertes, el poder es la única regla, como para los débiles la sumisión.” Solamente tienen derechos los pueblos capaces de imponerse a los demás o defenderse contra ellos, por sí mismos o con la asistencia, la protección o el protectorado alienígenas. Sólo son relativamente independientes las grandes naciones imperiales o hegemónicas, los Estados capaces de asegurar su existencia internacional por sí mismos, con sus propias fuerzas armadas y, en la era termonuclear, con la disposición operacional del arma atómica. “Sólo es auténticamente soberano, sólo es auténticamente Estado, el Estado poderoso”, calificado por “el número, el territorio, los recursos”.

Los que no disponen de los medios necesarios para resistir al imperialismo y al colonialismo no tienen derecho a nada, no existen sino como objeto de violencia, de política y de derecho. En derecho internacional, no hay más delincuentes y criminales, individuales o “colectivos”,

que los perdedores, los desgraciados, los pobres y los indefensos. Son delincuentes y criminales porque son y mientras son débiles, los fuertes escapan a toda censura porque son y mientras son fuertes. “El bien, la justicia, la verdad” etc, no tienen arte ni parte en esta función, aunque la propaganda dominante trate de hacer creer lo contrario a sus víctimas.

Los individuos, los pueblos y los Estados débiles e incapaces de vida histórica no son indeseables, delincuentes o criminales de derecho político e internacional, bandidos, ladrones y asesinos, despreciable carne de cañón, de horca, de presidio y de genocidio porque asesinan, roban, oprimen, destruyen, deportan, excluyen, torturan, violan o exterminan a sus víctimas, sino porque no lo hacen en el grado suficiente para ser considerados como honorables sujetos de política y derecho como sus agresores. Los Estados fuertes, poderosos, dominadores e imperiales, vencedores e incluso vencidos, obtienen el respeto y el reconocimiento de todos, no a pesar de sus crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad, sino en consideración a ellos.

En las relaciones internacionales, todo se impone, se roba, se negocia, se vende y se compra, la consideración como las licencias de caza y pesca. El reconocimiento de los pueblos, los Estados y los Gobiernos se otorga a quien tiene, se supone que tiene o se pretende que tenga el poder, de inmediato o a corto plazo. (En política internacional, el “reconocimiento constitutivo” precede a la esencia y la existencia.)

“Sin hablar de un equilibrio sistemáticamente regulado entre las potencias y los intereses, que no existe y que se niega con frecuencia justificadamente, la suma total de las relaciones de todos los Estados entre ellos sirve más bien a mantener el *statu quo* del conjunto que a introducir cambios en él, es decir que en general la *tendencia* es a mantener el *statu quo*. Este equilibrio se establecerá siempre en todas partes donde varios Estados civilizados tienen numerosos puntos de contactos.” <+ 420-1>

En los dos últimos siglos, los “puntos de contactos entre los Estados civilizados” se han extendido al mundo entero por el imperialismo, la colonización y la globalización. “Las grandes potencias conducen actualmente una guerra imperialista a fin de reforzar la opresión de los otros pueblos, y oprimen a la mayoría de las naciones de la tierra y la mayor parte de la población del globo”. (Len). Los grandes movimientos de relativa decolonización de la postguerra no les impiden, en el presente como en el pasado, manifestar los instintos predadores y, a la menor ocasión, el militarismo, los impulsos a la guerra y la dominación que hicieron sus imperios.

El imperialismo no es una eventualidad, o un caso particular, una anomalía o una excepción de las relaciones internacionales. La política y el derecho internacionales implican y suponen la persistencia del imperialismo, actual o virtual, sin el cual no habría política internacional, ni derechos correlativos de autodeterminación de los pueblos y de independencia de los Estados, ni falta que hacen.

El imperialismo es la especie extrema, más agresiva y opresiva de violencia, de guerra y dominación, de totalitarismo, de pillaje y explotación, de nacionalismo, de racismo, de opresión lingüística y cultural. El imperialismo es antagónico de la libertad, los derechos

humanos y la democracia en general. La destrucción de los demás es su objetivo inmanente y consecuente.

El imperio universal es una pretensión permanente de los grandes Estados, pero todos los intentos en este sentido han fracasado siempre. El imperialismo real implica contradicción y luchas, incesantes guerras y revoluciones.

El nacionalismo imperialista tiende naturalmente al nacionalismo y al imperialismo absolutos, al monopolio, la dominación y la eliminación de toda alteridad nacional. La sed de dominación y el hambre de tierras del imperialismo son insaciables. “El capital financiero tiene generalmente tendencia a apoderarse de la mayor cantidad de tierras posible, cualesquiera que sean, dondequiera que estén y por los medios que sea, con la esperanza de descubrir materias primas y por miedo de quedarse atrás en la encarnizada lucha por el reparto de los últimos pedazos del mundo todavía no repartidos, o el nuevo reparto de los pedazos ya repartidos.”

Autodeterminación, libertad e independencia han podido darse de hecho, sin el correspondiente derecho. En una sociedad política internacional, global, diversa y multicentrada, el derecho de independencia nacional y el imperialismo son contrarios correlativos, no pueden existir el uno sin el otro.

Entre los derechos de los Estados y de las naciones por un lado, el imperialismo por otro, no cabe conciliación sino conflicto irreductible y permanente. En derecho internacional, el imperialismo y la negación teórica y práctica de la independencia son una y misma cosa, la independencia y la negación teórica y práctica del imperialismo son una y misma cosa.

El imperialismo *absoluto* se define por lo ilimitado de los fines. No tiene por objetivo la simple subyugación temporal o permanente, la dominación cultural o económica, el espolio o la explotación del pueblo agredido y ocupado, sino su destrucción nacional, racial, lingüística y cultural como pueblo, su liquidación y sustitución por el invasor mediante la solución final y el genocidio. No rechaza, persigue o trata de reformar algunos caracteres de la nación ocupada, la niega y trata de acabar definitivamente con ella.

Todo régimen imperialista o colonialista se funda y reposa sobre la violencia y el terror, sobre fuerzas armadas permanentes de guerra y dominación. No se somete, oprime, reprime y destruye los pueblos mediante la gratificación, la persuasión, el diálogo y el respeto de los derechos humanos, las normas humanitarias, los buenos sentimientos, la piedad y la compasión, sino mediante la negación teórica y práctica de la libertad, por la agresión y la guerra, la violencia, la conquista, la desmembración y la anexión, la ocupación, la colonización y la deportación, la represión, el terrorismo sistemático de masas, el bombardeo y la destrucción de poblaciones civiles, el asesinato, la tortura y la conculcación de todos los derechos humanos fundamentales y, en primer lugar, del derecho fundamental e inherente de autodeterminación de todos los pueblos, primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás.

La violencia, el terrorismo, de guerra y de Estado, alcanzan naturalmente su plenitud al servicio del imperialismo absoluto. El imperialismo *total* se define por lo ilimitado de los medios. Utiliza sin limitación todos los disponibles para someter y destruir a los pueblos. La resistencia, de hecho o de palabra, afronta la violencia y el Terror monopolistas de Estado, que mata, encarcela, tortura, roba, excluye, persigue y amordaza a quienes se atreven a resistir a sus dictados. “Todos los conquistadores, fuesen mongoles o españoles, han llevado la muerte y el pillaje” (Ar) a los pueblos subyugados.

Los efectos materiales e ideológicos de la ocupación y la colonización sobre los pueblos oprimidos no desaparecen de la noche a la mañana, si alguna vez lo hacen. Son, en gran parte, irreparables, irrecuperables e irreversibles. Mal puede esperarse de quienes no respetan el derecho de autodeterminación “la política de desigualdad y discriminación positiva que compensaría de parte de la nación que oprime la desigualdad que se manifiesta prácticamente en la vida.” (Le).

Mientras el imperialismo y el colonialismo aparecen como beneficiarios y triunfadores, encuentran el apoyo de toda la nación dominante. Las raras excepciones son individuales. Los pueblos secundan o promueven siempre la gloriosa, heroica, provechosa empresa imperialista y colonial de sus Gobiernos, mientras esperan obtener de ella beneficios reales o imaginarios. Solidaridad, resolución y unión sagrada del nacionalismo imperialista solamente se debilitan ante el coste creciente o exorbitante del conflicto con la resistencia. Sólo cuando la política imperialista y colonial pasa factura en vidas y haciendas, cuando el interés nacional aparece cada vez más comprometido, cuando la “pacificación” resulta cada vez más cara, cuando la vaca lechera colonial no cubre los costes de ordeñarla, aparecen algunas muestras de descontento.

Al margen de toda consideración democrática, humanista, altruista o internacionalista, fuera de lugar a la vista del ganado humano con que se practica, en función simplemente de la más egoísta, estrecha y utilitaria visión del “interés nacional” en la presente realidad política, social, económica y cultural, podría pensarse que sería más útil, barato, productivo, rentable, estimulante, gratificante e interesante para el nacionalismo dominante dedicar recursos y esfuerzos a su propio desarrollo, inseparable de la coexistencia y la democratización real interna y externa, que amargarse, si no arruinarse, la existencia negando y destruyendo la del prójimo. Pero si los carnívoros en general no son sensibles a consideraciones teóricas de dietética transcendental, los animales humanos todavía lo son menos, pues la cultura no atenúa sino refuerza el canibalismo intraspecífico. El imperialismo es la forma más civilizada y desarrollada de antropofagia que han sabido inventar.

El abandono de sus conquistas, resto de su pasado de gran potencia, sería para españoles y franceses factor inédito y decisivo de libertad, dignidad, democracia, relaciones interiores y exteriores estables y pacíficas, bienestar y progreso económico y cultural, reconciliación y reintegración de su propia identidad en una auténtica conciencia nacional e histórica. El “interés nacional” tiene versiones y motivaciones propias, que la razón desconoce. Los imperios de Inglaterra y Holanda obedecían en parte a un sentido práctico o utilitario del interés nacional y de la dominación internacional. Su abandono a tiempo benefició a todos. Pero si suecos o anglosajones pueden, por prudencia, sentido o cálculo políticos, abandonar

territorios y pueblos que obtuvieron y sometieron por la violencia, pero que superan su capacidad de gestión, ingestión y digestión, franceses y españoles son radicalmente incapaces de ello, mientras no han agotado hasta el último extremo los recursos de violencia y terrorismo de que disponen. Si la pretensión al monopolio del pillaje universal no los motiva ahora, la isla Perejil es suficiente motivación. Esperar otra cosa sería tanto como ignorar la base particularmente primitiva, irracional, instintiva, afectiva y pasional del nacionalismo español y francés, encuadrado por una inamovible “clase” política burocrático-castrense que resiste siempre y saca partido de “revoluciones y transiciones”. Antes de que ellos cambien, los cocodrilos se habrán hecho vegetarianos.

En Inglaterra, Alemania, la URSS o Yugoslavia, el progreso de la libertad y la democracia internas era consecuencia de la decolonización en Europa, África o Asia. El despotismo en España y en Francia es históricamente inseparable del nacionalismo imperialista. El envenenamiento de la propia política interna por el nacionalismo imperialista se manifiesta en todas las épocas hasta el putrefacto presente que padecemos.

El insaciable apetito de dominación sobre pueblos y tierras del nacionalismo español y francés obedece a instintos y pulsiones predatorias consolidados y potenciados por muchos siglos de despotismo interno y externo y desborda consideraciones utilitarias o racionales. La historia resultante, de que tan orgullosos se sienten, es la historia de las mayores empresas y organizaciones criminales de fanáticos, malhechores, ladrones y asesinos de toda la historia de la humanidad.

El nacionalismo imperialista es efecto del régimen interno del país dominante. Es también causa concomitante de su propio subdesarrollo político: "Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre". Es el precio a pagar por “la gloria y la grandeza” de los "imperios universales", por residuales que sean.

En sus malganados dominios continentales y ultramarinos, con el apoyo de “liberales, socialistas y comunistas” nacionales, se templaron los sables de los ejércitos que ahora gobiernan la metrópoli. En Indochina, Argelia, Marruecos, Cuba, Nabarra y Catalunya se forjaron sus propias cadenas de despotismo interno. Su incapacidad para aceptar la libertad y el derecho de todos los pueblos, sus incesantes guerras de conquista, depredación y exterminio los han condenado a ellos mismos, aparentemente con gusto, a también incesantes formas despóticas, asiáticas, absolutistas, burocrático-militares de autogobierno.

Las “instituciones internacionales” sirven sin reserva a la guerra, la dominación, el genocidio, la represión, el terrorismo y la propaganda, la intoxicación y la mentira, oficialmente proclamadas como legítimo instrumento en las relaciones internacionales. Las Naciones unidas, sus asambleas, consejos, tribunales y otros órganos políticos y ejecutivos, administrativos, judiciales y consultivos falsifican e infringen su propia proclamada legalidad *formal*, ponen sus recursos y sus funcionarios al servicio de los Estados dominantes, que les dictan la conducta a seguir y la propaganda a difundir. Sólo aceptan la independencia de los pueblos cuando éstos la han conseguido ya, generalmente contra ellas. Como los mismos Estados-miembros que las fundan, reconocen entonces apresuradamente a los que la víspera condenaban ideológica y políticamente, y condenan de un día para otro a los que antes

reconocían, halagaban y apoyaban. No pueden ni quieren ver ni menos perseguir los crímenes contra los derechos humanos fundamentales, que encubren y justifican. Las grandes potencias y sus agentes no son y no pueden ser obligados ni encausados, gozan de un estatuto internacional que les asegura impunidad por sus actos.

La Unión Imperialista Europea, reserva colonial de Occidente, ha podido así consolidar entre el Rin y el Ebro lo que no acertó a conservar y bloquear en la débacle del Este. Los Estados que, por sus Tratados de adhesión, habían reconocido las normas, las Resoluciones, las Convenciones y los Protocolos de la Ley internacional como “parte integrante de la Ley del País”, no las han aplicado nunca, aunque las invoquen previa falsificación de su contenido. Los grandes Estados cuentan con la aprobación y la cooperación, la impotencia o la resignación, el oportunismo, el arribismo y la corrupción de los Estados menores, satélites y protegidos. Las Ngo tienen por primera preocupación no indisponer a los poderes de hecho, de cuya buena acogida dependen para estar y existir.

Los intereses del fascismo y del imperialismo en el mundo actual les impiden presentarse tales como son. La ideología democrática universalmente pregonada desde la segunda guerra mundial obliga a todo régimen totalitario a cubrirse y justificarse con ella. El mundo actual se ordena o se desordena por la violencia y el terror en los Estados y entre los Estados, pero no es esto lo que la moderna propaganda fascista hace creer, o pretende hacer creer. El miedo a la violencia y la demanda de seguridad de las masas populares, escaldadas por las guerras y las revoluciones del siglo XX, determinan la propaganda de paz y no-violencia de los propios Estados armados hasta los dientes y protagonistas de las mayores hecatombes de la historia. Todo gobierno fascista e imperialista se proclama ahora democrático y no-violento a la vez. “Cuanto más reaccionaria es la política de los Estados imperialistas, más se camufla cuidadosamente tras de frases pomposas sobre la libertad, la democracia, el mundo libre” etc. Esta desvergonzada inversión total de los términos políticos es un aspecto característico de la ideología del fascismo y el imperialismo actuales.

La hipocresía y/o el cinismo son inseparables de la propia constitución del orden y el desorden internacionales, determinados por el “interés nacional” estrechamente considerado. Las justificaciones ideológicas, los disfraces ideológicos, los artificios semánticos se fabrican antes o después y se renuevan según los tiempos, con mayor o menor fortuna. En las modernas empresas de conquista, ocupación y colonización, no hay ya guerras “técnicamente hablando, sino operaciones de pacificación, protección de la paz, defensa de los derechos humanos, la libertad y la democracia, defensa de la población civil, interposición entre combatientes, sin armas o con un armamento exclusivamente defensivo y extremadamente ligero” etc. Puesto que el oficio del ejército es la paz, las funciones militares propiamente dichas se sustituyen por desinteresados servicios logísticos, higiénicos, médicos, pedagógicos, de reconstrucción, saneamiento y asistencia humanitaria, que han sustituido en la ideología dominante a la pesada “carga del hombre blanco”, la misión civilizadora, la propagación de la fe y el progreso, la protección de los adelantados misioneros y pioneros. “¿Quién nos librá del Estado-Nación?” (Carr). Más aún: ¿quién purga y sana las cloacas coloniales?

Democracia, libertad, federación, pueblo, nación, derecho y derechos, estado, violencia, terrorismo, resistencia, fascismo, tratado, constitución, son conceptos y términos clave de la ideología política y son, por tanto, sistemáticamente falsificados y confundidos por la propaganda y la guerra psicológica totalitarias. Implican y significan en cada caso lo que el poder quiere que impliquen y signifiquen.

Según el “Derecho internacional”, la Carta y Resoluciones de las Naciones Unidas, el Tratado de Viena (“el Tratado de los tratados”) y la jurisprudencia “internacional” anterior y posterior a él, la validez de los tratados excluye el error “esencial”, la mala fe, el fraude, la corrupción, la violencia (incluida la amenaza de la violencia), los crímenes contra los derechos humanos, en particular contra el derecho de autodeterminación de todos los pueblos, la agresión, la guerra, el colonialismo, el genocidio, las presiones políticas o morales, los llamados tratados desiguales de cualquier fecha que sean y, en general, la violación de las normas internacionales.

En palabras, la interpretación internacional de los Tratados excluye “los atentados a la lógica, los términos y las acepciones extraordinarios, equívocos o contradictorios, las disposiciones irrelevantes, las conclusiones no-intencionales, incoherentes, no-razonables o absurdas”. En realidad, los equívocos, la confusión y el vacío teórico aferentes o resultantes a Constituciones y Tratados no son simple cuestión de técnica interpretativa. No debilitan sino que liberan, potencian y protegen el poder total, que no soporta una ideología sin ambigüedad, como no la soporta sin monopolio de expresión y propaganda.

Para las potencias dominantes en el orden y el desorden mundiales, la libertad y la democracia son anacrónicos e irrealizables fantasmas que la realidad nacional e internacional excluye. Son temas de propaganda, útiles para engañar a los débiles y los tontos. Los Estados no se ajustan a ideas y normas, son las ideas y normas las que se fabrican al servicio de los intereses y del comportamiento de cada Estado. Lo que los Estados dicen sólo vale por cuanto sirve a lo que hacen.

Los Estados occidentales que ahora conducen las guerras “para liberar a los pueblos de la dictadura y el despotismo en general” etc, son las mismas potencias que impusieron o rehabilitaron, consolidaron, adaptaron, adoptaron y financiaron sin el menor escrúpulo el régimen del general Franco y sus sucesores y en los últimos setenta años abasaron bajo las bombas incendiarias y nucleares o mataron de hambre a las poblaciones civiles en mayor proporción que la de sus víctimas militares.

El nuevo orden o desorden internacional ha creado las condiciones para que la violencia pura y a ultranza aparezca como la única salida digna de consideración para toda potencia que se estime en condiciones para ejercerla. Milenios de civilización han llevado a todos a la primitiva y recurrente conclusión de que la única forma de solucionar los conflictos consiste en pegar fuerte y cuanto antes por su propia cuenta, y que dilaciones, transacciones y mediaciones solo llevan a perder el tiempo y hacer el juego del adversario.

“Nos guste o no, así son las cosas.” Y así seguirán siendo en todo avenir posible y previsible, mientras la humanidad no se destruya a sí misma, destruyendo de paso el planeta y

llevándose por delante a todos sus habitantes. La especie humana, la más incurablemente nociva, conflictiva, agresiva y destructiva que evolución, mutación y selección zoológicas han producido sobre la Tierra es, además, demasiado estúpida para escapar a las consecuencias estructurales de la sociedad que ha creado. En un mundo ya económica y políticamente cerrado y globalizado, la autodestrucción de la humanidad es perspectiva mucho más razonable que su conciliación.

La *ideología* es la determinación del comportamiento por medio de las ideas. La ideología dominante es la ideología de los poderes dominantes que la producen, al servicio de sus propios intereses. La ideología nacionalista-imperialista, nacional-socialista o nacional-fascista no tiene por fin primario ni secundario la verdad, la ciencia, el conocimiento o la información, sino su destrucción o manipulación al servicio de la dominación sobre los pueblos y la desaparición de los hombres libres.

“Las ideologías no atienden verdaderamente a profundizar el conocimiento, sino solamente a determinar la voluntad.” El monopolio de la violencia condiciona y funda el monopolio de las ideas. Sin monopolio de la violencia no hay monopolio de las ideas. Como el derecho, la ideología es conservadora, su capacidad *de reacción* sobre la relación general de fuerzas es muy reducida.

El derecho es política, pero sus normas, impuestas por la violencia, son a la vez un vector ideológico de primer orden.

En política, lo que se dice no vale sino en función de lo que se hace. Como ocurre con el derecho, la capacidad *de reacción* de la ideología en la relación general de fuerzas es muy reducida, las fuerzas políticas se constituyen y organizan según determinaciones objetivas.

Como el derecho, la ideología es conservadora, su capacidad *de reacción* en la relación general de fuerzas es muy reducida. Las fuerzas políticas se constituyen y organizan según determinaciones objetivas. En política, lo que se dice no vale sino en función de lo que se hace.

No cabe dominación política sin dominación ideológica. La ideología dominante es la ideología de los poderes dominantes que la producen. Forma, conforma, reforma y deforma el conocimiento al servicio de sus propios intereses. El monopolio absoluto de los medios de comunicación de masas inherente al monopolio absoluto de la violencia, es el arma ideológica casi absoluta del totalitarismo moderno. Da alcance y eficacia sin precedentes a los servicios de propaganda e intoxicación de las ideas, a la represión de la libre expresión y del libre pensamiento por el imperialismo y el fascismo.

La ideología viene dada en la historia de los conflictos sociales como un invento de los fuertes para reforzar y ampliar su poder, invento revisado por los débiles para fundar y confortar su pretensión de emancipación. Como el derecho, la ideología es conservadora, su capacidad *de reacción* sobre la política y el derecho y la relación general de fuerzas, como la del derecho sobre la política general, es muy reducida.

Las fuerzas políticas se integran, se constituyen y organizan según determinaciones objetivas. Son los fines y la solidaridad de la horda o la nación los que determinan el comportamiento, no las asociaciones, comunidades y afinidades religiosas, científicas, partidistas que fabrican la ideología.

Las ideologías más o menos idealistas, moralistas, optimistas, utopistas, proyectistas o prospectivistas nada pueden contra ello. Estoicismo, cristianismo, racionalismo, cientismo, humanismo, escepticismo, evolucionismo, liberalismo, anarquismo, socialismo o comunismo más o menos consecuentes son o devienen generalmente, bien al contrario, instrumentos cínicos o hipócritas de propaganda y guerra psicológica al servicio de las potencias dominantes, para reforzar su dominación.

La ideología de las naciones y los Estados dominantes es la ideología dominante. Cuando no puede imponer sus propias ideas, la destrucción de las ajenas y la confusión ideológica son ya objetivo y victoria de la propaganda fascista. Al imperialismo y el fascismo sólo les interesan las ideas en cuanto herramientas de dominación. Su ideología no tiene por fin primario ni secundario la verdad, la ciencia, el conocimiento o la información, sino su destrucción o manipulación al servicio de la opresión sobre los pueblos y la desaparición de los hombres libres. Lograr que sean cada vez más tontos, es decir cada vez más débiles, es su verdadera función. Basta con observar el resultado sobre una opinión pública indefensa para darse inmediata cuenta de la temible eficacia con que la realizan. Se evidencian así la amplitud de la destrucción de la razón por el totalitarismo moderno y el alcance casi ilimitado del monopolio de propaganda y guerra psicológica que el monopolio de la violencia asegura, garantiza y pone a su disposición. “La violencia moral, cuya expresión más repugnante es el ‘lavado de cerebro’, es una forma sutil y derivada de la violencia.”

El moderno monopolio de condicionamiento ideológico de masas, anexo al monopolio de la violencia, permite ocultar lo que la más mínima libertad de crítica pondría en evidencia. Nada pueden la verdad y el espíritu científico en Estados totalitarios, donde los gobiernos se atribuyen abiertamente competencias supremas y reservadas que le son ajenas. El poder político, cualquiera que sea, carece de competencia en materia científica, como en materia de moral, arte, cultura o religión. Su única competencia se refiere a su medio propio y específico de actuación, la violencia. Pero esta indiscutible competencia permite al régimen totalitario atribuirse todas las competencias, atribución implicada en la extensión actual o virtualmente ilimitada de su ámbito de dominación.

La propaganda fascista e imperialista es formalmente irracional, lo que en las condiciones de los monopolios de violencia, terror y propaganda, no le causa perjuicio considerable, sino más bien lo contrario. La ideología dominante no conoce más racionalidad ni más moralidad que las que la sirven, es producto e instrumento inseparable de la política efectiva, de los monopolios de violencia, terrorismo y propaganda, que exalta y sostiene.

En la ideología propia del imperialismo y el fascismo, constituida por la integración del pensamiento en los fines y medios del conjunto totalitario, la ideología de la realidad, de necesario uso interno para las clases dominantes, se acompaña con la ideología de la ilusión, elaborada sobre todo para uso externo. En principio, la propaganda fascista e imperialista se

reserva a las clases sociales débiles y dominadas, cuya capacidad crítica y espíritu de resistencia desapareció hace mucho tiempo, por efecto de la represión terrorista y el condicionamiento psicológico de masas. Pero el resultado de la mala fe se extiende cada vez más a los mismos dirigentes y propagandistas, que necesitan creerse ellos mismos las funcionales tonterías que dicen para que se las creen los demás. Es el precio a pagar y el medio más seguro. Paradójicamente, es también un obstáculo más para la crítica racional y democrática, mucho más fácil frente a criminales y tramposos “puros” que ante aquellos idiotizados por su propia propaganda, lo que los pone fuera de alcance de aquella.

Sin embargo, la destrucción de la razón por la ideología dominante pondría en peligro el propio sistema si los “miembros activos” de las clases dominantes, o el sector más efectivo de ellas, se creyeran realmente lo que su propia propaganda difunde para que se lo creen los demás. La desvergonzada combinación de estupidez, cinismo e hipocresía que caracteriza la ideología fascista e imperialista permite modular y dosificar las adaptaciones.

Las ideas se hacen valer según su utilidad propia y diversa en la totalidad ideológica. Se llaman, suscitan, dividen, acumulan, combinan, transfieren, apoyan, confortan, encubren, legitiman, operan alternativa, sucesiva, o simultáneamente, global o sectorialmente, fluida y armónicamente, sobre un espacio ideológico común indiferenciado, constituyen conglomerados operativos determinantes de las tendencias, la afectividad, las emociones y las pasiones colectivas, en una dimensión de la propaganda, de la guerra psicológica y de la psicología social donde toda racionalidad formal ha dejado hace tiempo de existir, si alguna vez lo hizo.

Si la mentira, el despropósito y la vacuidad formales son la materia de que se nutre la propaganda dominante es, sin duda, porque no tienen cosa mejor y porque funcionan. Si funcionan es, sin duda, porque la capacidad de información y el sentido racional y crítico de la población indefensa se encuentran ya reducidos a cotas vecinas de las tan asidua y eficazmente deseadas y perseguidas o han desaparecido por efecto de la propaganda, implementando la alienación social con la alienación mental. Es una asombrosa demostración de la ilimitada capacidad de embaucamiento de que disponen los monopolios estatales de violencia y propaganda, lavado de cerebro e intoxicación de masas, sobre poblaciones reducidas a la drogadicción mediática.

La ideología dominante oculta y falsea los hechos, la sociología y la historia, destruye la razón formal y el lenguaje, procede por confusión semántica y conceptual, contradicción en los términos y petición de principio, para hacer creer que las cosas son lo que conviene a su dominación. Notación y connotación de términos e ideas son sistemáticamente falsificados, recuperados, duplicados, recortados o ampliados para que correspondan a la conveniencia y la apología del fascismo y el imperialismo, al perjuicio, el descrédito, la culpabilización y la confusión de sus adversarios. Paralogismos, dualismos, hipóstasis diversas, <“lucha de clases y lucha nacional, derechos individuales y derechos colectivos, violencia y fuerza, derecho y Estado, democracia y votaciones, elecciones, Constituciones” etc,> coadyuvan a la decomposición mental de la presunta oposición.

La historia y la sociología se establecen dogmáticamente, se deducen tautológicamente y se demuestran por petición de principio. La continuidad intemporal, intertemporal y transtemporal del imperio se realiza teleológicamente por extensión, proyección o retroyección de su esencia hacia adelante como hacia atrás. Historia y sociología se remiten a la teología, la metafísica y la mitología histórica y social. La “democracia” se remite al “estado de derecho”, que se remite a la “nación y el imperio de la ley” que han hecho ellos para que la sufran los demás. La nación se remite nuevamente a la petición de principio, y vuelta a empezar. Los embaucadores del nacionalismo imperialista practican incansablemente la fuga ideológica en círculo (vicioso).

El imperialismo y el fascismo no conocen más dialéctica que la de los cañones. No saben, no quieren, no pueden acceder a ninguna otra. La ideología es su trasunto. Fascistas e imperialistas no conocen más racionalidad ni más moralidad que las que convienen a su dominación. Decencia, honestidad, humanidad, son sentimientos que les son ajenos. Los que pretenden tratar o dialogar racional o moralmente con el imperialismo y el fascismo falsifican y hacen apología del régimen de ocupación del que forman parte, han adoptado la fraseología hipócrita de la propaganda totalitaria.

La ideología dominante es cada vez más incapaz de dar fundamento teórico socialmente aceptable al poder político establecido. Incapaces de afrontar la realidad, los títeres indígenas del imperialismo contribuyen a la difusión de tales ilusiones por todos los medios que los monopolios de propaganda ponen a su disposición, sabedores de que los pueblos que no se enteran del mundo en que viven son presa indefensa de sus agresivos predadores.

Moralistas, humanistas, ilusionistas, utopistas y optimistas, de cualquier credo o confesión, que cultivan y propagan fantasías a tal respecto, pregoneros oficiales “del diálogo y el respeto entre los pueblos como medio para resolver los problemas políticos” y otras funcionales sandeces, impiden la toma de conciencia de la realidad del imperialismo, del cual son agentes ideológicos. La misma conciencia nacional imperialista se desdobla ideológicamente en conciencia real y “mala conciencia, falsa, desgraciada, enferma o dolorosa, disociada, culpabilizada, incapaz” de asumir su contenido auténtico y la realidad social e histórica que lo fundamenta.

Al imperialismo y el fascismo sólo les interesan las ideas en cuanto herramientas de dominación. Imposición de las propias ideas y liquidación de las ajenas. Confusión y destrucción de la libertad de pensamiento, de la información y la razón son sus objetivos. La ideología dominante no tiene por fin primario ni secundario la verdad, la ciencia, el conocimiento o la información, sino su destrucción o manipulación al servicio de la dominación sobre los pueblos y la desaparición de los hombres libres. Lograr que sean cada vez más tontos y, por consiguiente, cada vez más débiles, es su verdadera función. Basta con observar el resultado sobre una opinión pública indefensa para darse inmediata cuenta de la temible eficacia con que la realizan.

La ideología dominante es la ideología de la política y los intereses que la producen. La ideología del fascismo y el imperialismo tiene por fin fabricar e imponer, exaltar, justificar, los valores políticos, morales, religiosos de referencia para justificar el despotismo, el

imperialismo y el colonialismo y ocultar, disfrazar o falsificar lo que no puede imponer, exaltar y justificar.

La libertad de información, expresión y crítica es imposible en un régimen constituido por la negación de los derechos fundamentales en general. El monopolio contemporáneo de la violencia impone el monopolio total de los medios de comunicación, la censura y la represión, productor, llave y prisión de la ideología. En estas condiciones, no caben libertad ni derechos humanos ni democracia.

La guerra, la opresión, la destrucción por la violencia de los otros pueblos son lo propio del estado de naturaleza en que viven los humanos. Buscar, atribuirse y utilizar la mayor capacidad posible de violencia actual y virtual a su alcance, disminuyendo o anulando la de los demás, tal es la norma fundamental de la política internacional, la única que sus actores conocen y practican.

La política y el derecho internacionales implican y suponen la persistencia del imperialismo, sin el cual no habría política internacional, ni derechos correlativos de independencia de los Estados y de autodeterminación de los pueblos.

El imperialismo es la especie extrema, más agresiva y opresiva de violencia, de guerra y dominación, de totalitarismo, de pillaje y explotación, de nacionalismo, de racismo, de opresión lingüística y cultural. El imperialismo es *antagónico* de la libertad, los derechos humanos y la democracia en general.

Los derechos humanos fundamentales no se votan, ni se deciden, ni se piden, ni se otorgan, ni se condicionan, ni son materia de opción. Constitutivos de la libertad y la democracia, son inherentes, originarios, inmediatos, incondicionales, continuados, permanentes, intransmisibles, inalienables, irrenunciables e imprescriptibles, condicionan, presiden y subordinan la problemática toda de la violencia, de la paz y de la política en general.

La democracia no funda los derechos humanos, los derechos humanos fundan la democracia. Todo orden democrático implica la vigencia de los derechos humanos fundamentales. No hay democracia sin poder del pueblo, y no hay poder del pueblo sin derechos humanos fundamentales. El derecho de autodeterminación de todos los pueblos es un derecho humano fundamental, inseparable del derecho de legítima defensa de todos los pueblos. No hay derechos humanos donde falta el derecho de autodeterminación de todos los pueblos, primero de los derechos humanos y previa condición de todos los demás. (No es ésta una jerarquía de “valores” metafísicos, al uso de la propaganda monopolista, sino una prelación de orden objetivo, práctico, estratégico y político.)

El nacionalismo imperialista oprime, reprime, amenaza, secuestra, roba y mata. Pero si el imperialismo puede, a veces, someter y destruir a los pueblos, no hay pueblos que resisten al imperialismo y pueblos que *se* someten. Los pueblos no "se" incorporan ni se someten nunca si tienen fuerzas para impedirlo, la resistencia es su modo de existencia. Los pueblos resisten luego existen, existen porque resisten. Su resistencia misma hace que “un pueblo es un pueblo” identificable bajo la agresión, la ocupación y el terrorismo imperialistas.

La lucha por la libertad nacional es signo y expresión vital. Lleva en sí misma su fundamentación y su justificación inmanentes, porque es imposible e impensable la resistencia política e ideológica frente a la agresión imperialista y la ocupación totalitaria sin las condiciones sociológicas y culturales generales que la preceden, constituyen, explican y hacen necesaria.

La lucha universal por la libertad nacional es consecuencia inevitable de la agresión imperialista, es inseparable del sistema imperialista de dominación. Todos los pueblos del mundo afirman su pretensión de vivir libres y seguros en su patria libre, sobre el territorio y con los recursos que la constituyen, de preservar su libertad e identidad nacionales por todos los medios posibles frente a la agresión y la ocupación imperialista y colonial, de mantener sus propios derechos de autodeterminación y legítima defensa.

Los pueblos, libres o subyugados, primitivos o evolucionados, no aceptan nunca la agresión y la conquista. Luchan por su libertad mientras están vivos, y si dejan de hacerlo es porque están ya muertos, aunque el punto de irreversibilidad sea incierto y la aparente muerte clínica recele a veces hibernaciones o letargias funcionales de aventurado diagnóstico y sorprendente desenlace. Los "pueblos" que no luchan por la libertad son ya pasto de predadores y carroñeros, o escoria, "basura de pueblos", a reciclar o incinerar por los servicios anexos de recuperación y saneamiento.

El imperialismo no puede mantener indefinidamente una dominación política. El sometimiento indefinido de un pueblo determinado, con reservas vitales, sentido de la propia identidad, conciencia nacional y estatal arraigadas, es siempre problemático. Un pueblo subyugado, pero consciente de sí mismo y determinado en su empeño por la libertad nacional, alcanza más pronto o más tarde la independencia, *a menos* que lo liquiden antes, en cuyo caso no puede ya alcanzar nada.

Esta visión optimista supone condiciones y formas que están lejos de ser universales. "A condición de pagar el precio, utilizando plenamente la fuerza de un ejército, no es imposible, en pleno siglo XX, abatir una voluntad popular, quasi unánime, de resistencia o de liberación." "Donde el conquistador tiene la posibilidad y la voluntad de acometer, como fin o como medio, la destrucción del pueblo subyugado, las conquistas no son fatalmente vanas."

Pero los imperios se deshacen, obligados a abandonar su dominación sobre los pueblos que subyugaron por la violencia y el terror y que recuperan, uno tras otro, su independencia nacional, no sólo en continentes diversos y lejanos sino en la pequeña península europea del heartland, la "tierra central". El significativo retorno de las naciones europeas a sus territorios históricos geopolíticamente condicionados y constituidos, manifiesta, en simple y cartográfica perspectiva, la anómala, extravagante y extemporánea condición de los residuales imperios del extremo occidente europeo.

No se somete, oprime, reprime y destruye los pueblos mediante la gratificación, la persuasión, el diálogo y el respeto de los derechos humanos, las normas humanitarias, los buenos sentimientos, la piedad y la compasión, sino mediante la negación teórica y práctica de la libertad, la agresión y la guerra, la violencia, la conquista, la ocupación, la

desmembración y la anexión, la represión, el terrorismo sistemático de masas, el bombardeo y la destrucción de poblaciones civiles, el genocidio, la tortura y el asesinato, la conculcación de todos los derechos humanos fundamentales y, en primer lugar, del derecho de autodeterminación de todos los pueblos, primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás. Por mucho que se cambie de nombre a los hechos para hacer creer que son otra cosa, las instituciones del imperialismo chorrean la sangre de innumerables víctimas, testimonio permanente de los monstruosos crímenes que las han construido, crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad.

El imperialismo se desarrolla según ciclos políticos e ideológicos que corresponden a la permanencia y a la evolución de la relación de fuerzas. La agresión, la guerra, la ocupación militar, la revolución, el terrorismo, la violencia monopolista institucional y sus efectos inmediatos modifican brutalmente el orden político, estableciendo el régimen totalitario de dominación-indefensión que el nacionalismo imperialista necesita. A las fases de ruptura y ofensiva, de guerra y terrorismo sin ley, eliminada toda oposición política efectiva siguen, a través de los tiempos y al abrigo del monopolio de la violencia y el terrorismo de Estado, fases “de derecho, ordenadas y pacíficas” para la explotación, verificación, consolidación, de los resultados adquiridos, mediante formas más adaptadas y resistentes de estabilización, consolidación y explotación del nuevo poder absoluto, represión terrorista, destrucción racista, lingüística y cultural de la base social del pueblo sojuzgado, economía de explotación y dominación, corrupción y recuperación de la oposición.

Pero los pueblos no se someten nunca si tienen fuerzas para impedirlo. Por eso, desde el principio o sucesivamente, el imperialismo es o deviene absoluto, por la lógica propia y necesaria de la relación política que lo constituye. El imperialismo “absoluto” no tiene por fin y límite la simple subyugación temporal o permanente, la dominación, la opresión, la represión, la expoliación, la explotación, la dominación cultural, de los pueblos agredidos y ocupados que los padecen, sino su destrucción, su liquidación como pueblos, su substitución nacional, racial, lingüística y cultural por el invasor. La eliminación de toda alteridad nacional, la destrucción de los demás pueblos es su objetivo inmanente y consecuente. Lo que implica un conflicto irreductible, que hace imposibles e ilusorios todo compromiso y toda transacción que le den término.

Si quiere perpetuar su dominación, evitando la emancipación a plazo de los pueblos y Estados subyugados, el Estado dominante debe aprovechar la ventaja efectiva pero limitada que le da su dominación militar y administrativa para cambiar la base social del país ocupado. No son la ocupación y la anexión, son el exterminio, la deportación, la colonización, la exclusión y la asimilación, conjunta o sucesivamente aplicados, los que consolidan los imperios y hacen irreversibles sus efectos. La elección estratégica de los medios depende de los factores de dominación, geografía, demografía, economía, política, cultura e ideología, del momento, la situación y el contexto internacional.

La historia comparada muestra la diversidad evolutiva de los imperialismos, pero confirma que el imperialismo no retrocede nunca de forma voluntaria, espontánea, racional o razonable. Su remisión o limitación sólo se da cuando encuentra resistencias que no puede superar. El “interés nacional” tiene versiones y motivaciones propias, que la razón desconoce.

Mientras el imperialismo y el colonialismo aparecen como beneficiarios y triunfadores, encuentran el apoyo de toda la nación dominante. Las raras excepciones son individuales. Solidaridad, resolución y unión sagrada del nacionalismo imperialista solamente se debilitan ante el coste creciente o exorbitante del conflicto con la resistencia.

Así como el predador, asegurada su presa, espera que ésta se agote en esfuerzos vanos antes de sucumbir, así el imperialismo en el poder espera la destrucción del adversario en un tiempo que juega a favor del agresor. El fusilamiento de los responsables es un modo eficaz, entre otros, de retardar la marcha a la libertad. Pero sólo hay una forma de terminar con la resistencia política de los pueblos, y las naciones dominantes lo saben: acabar cuanto antes con los pueblos mismos por todos los medios que las condiciones y circunstancias permitan. El exterminio, la deportación, la colonización son los más directos, rápidos, completos y seguros. "Donde el conquistador tiene la posibilidad y la voluntad de acometer la destrucción del pueblo subyugado, las conquistas no son fatalmente vanas."

Aún así, la apisonadora colonial no es tan rápidamente eficaz como se quisiera, las cosas llevan tiempo y, a veces, una brusca o progresiva constatación de insuficiencia, un brote espontáneo o reflejo de inseguridad o impaciencia, abren un nuevo ciclo de decepción, exasperación, odio y furor xenófobos, que desembocan en la nueva ofensiva llamada a acelerar o precipitar la solución final.

El imperialismo descubre, cada vez con mayor claridad, que la resistencia política de la nación ocupada no es cuestión de moda, coyuntura o corriente de superficie, sino expresión inseparable de la existencia misma de una nación agredida y ocupada. Cuando los hechos desmienten la visión optimista romántico-imperialista, la indignación y el furor de sus promotores no tienen límites. Estrategas e ideólogos pierden sus ilusiones, se sorprenden y escandalizan de las contradicciones y disfunciones, las muestras de "desafección", las manifestaciones de resistencia que la opresión y la represión han originado, adoptan la máscara y las actitudes de víctimas inocentes injustamente tratadas. Al ocasional balance voluntarista y triunfalista sucede la sorprendida y exasperada frustración que la constatación de insuficiencia provoca, relanzando el ciclo al alza, en la busca, cada vez más exigente y urgente, de la solución final. A las "palomas" suceden los halcones, decididos a acabar, de una vez por todas, con la resistencia de los pueblos al imperialismo.

Contra las ilusiones que los monopolios de propaganda difunden, el conflicto político entre "el nacionalismo ofensivo de la nación que oprime y el nacionalismo defensivo de la nación oprimida" sólo tiene dos soluciones posibles. Por un lado, la solución final, la completa liquidación de los pueblos y los Estados que han tenido la desgracia de perder la libertad bajo la dominación alienígena. Por otro, el fin del imperialismo, la independencia nacional, la afirmación teórica, práctica y no falsificada del derecho fundamental inherente de libertad, libre disposición o autodeterminación de todos los pueblos.

La carrera por la libertad o la destrucción de los pueblos ha entrado ya en la recta final, porque el espacio se agota, el tiempo se acaba, los plazos se cumplen. Un pueblo que no puede o no quiere resistir a la agresión y la dominación alienígenas está condenado a ser liquidado inmediatamente o tras un período más o menos prolongado de opresión y

humillación bajo el monopolio de la violencia resultante de la guerra y la ocupación. Libertad o muerte es la única alternativa real que se le presenta.

El fascismo es hoy la forma terminal, acabada, necesaria e inevitable del nacionalismo imperialista, porque la empresa sistemática de subyugación y liquidación de Estados, pueblos y naciones, que se pretende absoluta, total y final, no puede ya proseguir sin el recurso a las formas totalitarias más “perfeccionadas” de represión y condicionamiento ideológico de masas.

La violencia actual es fundamento de la violencia virtual. “La organización social está fundada en su mayor parte sobre el miedo.” “La soberanía es el derecho exclusivo de dar miedo a los demás.” Su dosificación, estratégica y tácticamente adaptada, es parte importante del arte político. En la guerra y los regímenes de alta conflictividad del fascismo y el imperialismo, el miedo se hace terror o se transforma en pánico. A partir de un grado objetivo de intensidad de las luchas sociales, el Terror es la forma necesaria, natural y normal de gobierno. Los conflictos relativos pueden, a veces, pasarse sin él, los conflictos absolutos presentan las condiciones ideales para su producción.

La nación es el ámbito máximo de solidaridad, de moralidad y de legalidad que la humanidad ha alcanzado, en un mundo económica y políticamente cerrado y unificado. Más allá del ámbito de la nación, el estado de naturaleza determina relaciones internacionales de violencia antagónica y conflicto permanente entre naciones y Estados. Son relaciones sin ninguna instancia “superior” de orden y poder. La guerra es la razón suprema y la única garantía de la política y del derecho entre los Estados. Los Estados se encuentran siempre en posición o en disposición de “guerra de todos contra todos”. La guerra, la opresión, la destrucción por la violencia de los otros Estados son lo propio del estado de naturaleza en que viven las naciones. Buscar, atribuirse y utilizar la mayor capacidad posible de violencia actual y virtual a su alcance, disminuyendo o anulando la de los demás, tal es la norma fundamental de la política internacional, la única que sus actores conocen y practican.

El derecho es la determinación del comportamiento por medio del monopolio de la violencia. Todo derecho es política, aunque no toda política es derecho. El derecho internacional, parte y producto de la política internacional, es el orden de violencia que la oposición de fuerzas políticas determina entre las naciones. Según el “derecho internacional” de referencia, el imperialismo, la agresión, la guerra, la conquista y sus consecuencias han sido o son “lícitos o ilícitos” o, lo que es lo mismo, han condicionado o condicionan positiva o negativamente la violencia represiva del orden establecido.

El derecho internacional es la dominación institucional de los pueblos más fuertes sobre los más débiles. Solamente tienen derechos los pueblos capaces de imponerse a los demás o defenderse contra ellos. “Para los fuertes, el poder es la única regla, como para los débiles la sumisión.” Los que no disponen de la fuerza necesaria para resistir al imperialismo y al colonialismo por sí mismos o con la asistencia, la protección o el protectorado alienígenas, no tienen derecho a nada, no existen sino como objeto de violencia, de política y de derecho. Son delincuentes y criminales porque son y mientras son débiles, los fuertes escapan a toda censura porque son y mientras son fuertes. Todo lo demás es charlatanismo o música

celestial. “El bien, la justicia, la verdad” etc. no tienen arte ni parte en esta función, aunque la propaganda dominante trate de hacer creer lo contrario. La resistencia, de hecho o de palabra, afronta la violencia y el Terror monopolistas del Estado, que mata, encarcela, tortura, roba, excluye, persigue y amordaza a quienes se atreven a resistir a sus dictados.

2. EL IMPERIALISMO

El imperialismo no es lo contrario, sino la condición constitutiva de las relaciones políticas internacionales y del derecho internacional. Es la especie extrema, más agresiva y opresiva, de nacionalismo, de racismo, de opresión lingüística y cultural. No se somete, oprime, reprime y destruye los pueblos mediante la gratificación, la persuasión, el diálogo y el respeto de los derechos humanos, las normas humanitarias, los buenos sentimientos, la piedad y la compasión, sino mediante la negación teórica y práctica de la libertad de los pueblos, la agresión y la guerra, la violencia, la conquista, la ocupación, la anexión, la represión, el terrorismo, la tortura y el asesinato, el bombardeo de poblaciones civiles, la dominación social, económica, política e ideológica, la amenaza, la colonización, el secuestro, la toma de rehenes, la extorsión, la expoliación, explotación y pillaje de los recursos naturales y productivos, el exterminio, colonización, sustitución, expulsión, exclusión, deportación, plantación y asimilación de poblaciones, el hambre, el hambre y la enfermedad, la represión sexual y la esterilización directa o indirecta, el genocidio o destrucción racial, lingüística y cultural, la propaganda y la guerra psicológica, los crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad, el condicionamiento ideológico, la destrucción de todo signo o fundamento de identidad, la conculcación de todos los derechos humanos fundamentales y, en primer lugar, del derecho de autodeterminación de todos los pueblos, primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás. Por mucho que se cambie de nombre a los hechos para hacer creer que son otra cosa, las instituciones del imperialismo chorrean la sangre de innumerables víctimas, testimonio permanente de los monstruosos crímenes que las han construido.

De la violencia y el terror, la guerra y la represión precedentes surgieron la violencia y el Terror del orden presente, a cuyas condiciones concretas debe adaptarse toda resistencia. Los crímenes “de antes”, como los crímenes de ahora, siguen impunes y vigentes. No son, como sus autores y beneficiarios quieren hacer creer cuando les conviene, historia pasada, sin identidad ni continuidad ni relevancia en las actuales relaciones sociales. Bien al contrario, con ellos y por ellos se han establecido, están constituidas, continúan y se mantienen las actuales relaciones sociales, la infraestructura y la supraestructura del actual régimen de ocupación. No puede afirmarse éste sin reivindicar los crímenes que lo han construido y lo mantienen. No pueden condenarse éstos sin renunciar a la dominación política, económica e ideológica por ellos constituida.

3. LOS PUEBLOS

Todos los pueblos del mundo afirman su pretensión de vivir libres y seguros en su patria libre, con el territorio y los recursos que la constituyen, de preservar su libertad e identidad nacionales por todos los medios posibles frente a la agresión y la ocupación imperialista y colonial, de mantener su propio derecho, si no el de los demás, de autodeterminación y legítima defensa.

Los pueblos todavía subyugados por la dominación imperialista son política e ideológicamente pequeños y débiles. Salvo el caso de particulares o más amplias constelaciones estratégicas, la resistencia al imperialismo, al colonialismo y al fascismo es la lucha desigual contra un enemigo que dispone de medios de violencia, terrorismo y propaganda muy superiores, de recursos demográficos y económicos incomparablemente mayores, de amplias complicidades internacionales. En un mundo ordenado o desordenado por la violencia y la relación de fuerzas, que es el único que hay, la simple consideración geopolítica – “el espacio, el número, los recursos” - pone de manifiesto que la lucha por la libertad nacional frente a Estados incomparablemente mayores y más fuertes no tiene en principio ninguna posibilidad de éxito. Los numerosos pueblos de toda condición y dimensión que han alcanzado la independencia contra la dominación imperialista lo han hecho casi siempre con el apoyo, la protección, el patrocinio, más o menos fundados, permanentes o circunstanciales, de una potencia relativamente grande, o aprovechando los conflictos que enfrentan, equilibran o neutralizan a las grandes potencias entre ellas. La protección de una grande o media potencia aparece en muchos casos como la única esperanza de salvación, la “independencia protegida” se configura en protectorado formal o real. Todo poder político, incluso reducido, reciente o incipiente, busca la alianza con los poderosos y desprecia a los débiles.

En una sociedad de yuxtaposición nacional y estatal, la solidaridad en la lucha internacional contra el imperialismo no existe. La solidaridad en la lucha internacional contra el imperialismo es una quimera. Si la comprensión o el reconocimiento de los opresores es un vano e inepto sueño, la solidaridad de los pobres, los oprimidos y los colonizados es un cuento romántico para engañar y exprimir a los eternos ilusos. Los pueblos, libres o subyugados, se ocupan de sí mismos y de sus propios asuntos e intereses, poco les importa que sea a costa de los demás, cuya opresión les tiene sin cuidado.

Los pueblos oprimidos prefieren siempre la compañía de los poderosos, por dudosa o denigrante que sea, a la simpatía de los pueblos que padecen su dominación, sin perjuicio de obtener de éstos las aportaciones accesorias que puedan, en la medida en que no perjudiquen sus relaciones preferenciales con aquéllos, a cuyas más leves muestras de agrado y desagrado sacrifican de inmediato sus afinidades precarias y retóricas con los pueblos que luchan por la libertad.

Los pueblos oprimidos, que para debilidad bastante tienen con la suya, buscan la protección de los más fuertes y evitan como la peste la temible y denigrante compañía de los más débiles. Apenas liberados, e incluso antes, no sienten necesidad más acuciante que la

homologación con las potencias imperialistas y la profiláctica y desdeñosa distanciamiento de los piojosos pueblos restantes, que tienen la inaudita pretensión de ser tan libres e iguales como ellos y titulares del mismo derecho de autodeterminación de todos los pueblos.

La solidaridad internacional no debe confundirse con una indigna, humillante y estéril prestación y reconocimiento a sentido único, una transferencia que permite ocultar la incapacidad para la defensa de la propia libertad. La libertad de todos empieza por la libertad de uno mismo.

Para un pueblo oprimido, toda alianza internacional, con los fuertes o con los débiles, es circunstancial, volátil, provisional y precaria, debe transformarse de urgencia en refuerzo del propio núcleo estratégico antes de que sea demasiado tarde, y es tarde casi siempre.

No hay posibilidad de alianza o negociación sino fundada en los propios recursos y alternativa autónoma. Las alianzas no pueden paliar a la propia debilidad política, sólo la fuerza y la determinación propias permiten las alianzas. Si un pueblo no las tiene o las obtiene por sí mismo, nadie lo hará por él.

“Paradójicamente”, esta permanente relación de fuerzas no ha cesado de empeorar como consecuencia de las grandes olas de decolonización, las cuales han dejado bolsas de imperialismo absoluto en putrefacción que envenenan todos los días el nuevo orden o desorden internacional producto de la integración del imperialismo en un sistema planetario de dominación. Cada ola de liberación de los pueblos lleva consigo la correspondiente resaca. Conlleva, por un lado, el desarrollo de un imperialismo adaptado, mutante y resistente a la peste de la libertad de los pueblos. Por otro, el debilitamiento perverso del movimiento de liberación a consecuencia de sus propios logros, con el traslado consiguiente e inmediato de los nuevos Estados "independientes" al concurrido campo del imperialismo y el totalitarismo. La condición, el objetivo y el resultado básicos son la negación, la sumisión y la destrucción mancomunadas de las naciones y Estados más débiles de la pretendida comunidad internacional.

Los pueblos que no construyen, preservan o restauran su propio Estado no existen para la “comunidad internacional” de los Estados dominantes, son impostores, débiles mentales, delincuentes nacionales e internacionales. Una nación que no se reconoce a sí misma en su propia sociología y en su propia historia mal puede aspirar al respeto de los demás. No lo obtendrá nunca de las “grandes” naciones, menos todavía de otras tan débiles como ella. Es juguete y víctima segura de sus predadores, a los que ni siquiera reconoce como tales, más fuertes, mejor armados y bien determinados, por su parte, a acabar con ella.

Para los pequeños pueblos subyugados, la victoria por desarme o destrucción del enemigo es imposible, sólo se puede evitar la derrota mediante la resistencia para impedir la propia destrucción. Sólo hay un medio para ellos de escapar a su funesto destino, las naciones dominantes lo saben, las dominadas no siempre lo saben o quieren saberlo: la realización general de los recursos de la base social en una política coherente de resistencia y liberación nacional, la construcción o la restauración de sus propias instituciones estatales. Institucionalización e implementación estratégicas son la única alternativa posible a la

sumisión y el genocidio. Las eventuales ventajas compensatorias que los pueblos pueden utilizar provienen de los factores “morales” de los conflictos: motivación y convicción, determinación y resolución, lucidez en la apreciación del terreno y de las fuerzas en presencia, intuición de las situaciones, capacidad de iniciativa, decisión, anticipación, reacción y adaptación. Son las cartas con que debe contar, cuenta, o no cuenta, la resistencia nacional frente al imperialismo, el colonialismo y el fascismo internacional.

4. DINÁMICA

El imperialismo se desarrolla según ciclos políticos e ideológicos que corresponden a la permanencia y a la evolución de la relación de fuerzas. La agresión, la guerra, la ocupación militar, la revolución, el terrorismo, la violencia monopolista institucional y sus efectos inmediatos modifican brutalmente el orden político, estableciendo el régimen totalitario de dominación-indefensión que el nacionalismo imperialista necesita.

A las fases de ruptura y ofensiva, de guerra y terror sin ley, eliminada toda oposición política efectiva, siguen, a través de los tiempos y al abrigo del monopolio de la violencia, fases “de derecho, ordenadas y pacíficas”, diseñadas para la explotación, la verificación y la consolidación de los resultados adquiridos mediante formas más adaptadas y resistentes de estabilización y explotación del nuevo poder absoluto. Así como el predador, asegurada su presa, espera que ésta se agote en esfuerzos vanos antes de sucumbir, así el imperialismo en el poder espera la destrucción del adversario en un tiempo que juega a favor del agresor.

Pero los imperios se deshacen, obligados a abandonar su dominación sobre los pueblos que subyugaron por la violencia y el terror y que recuperan, uno tras otro, su independencia nacional, no sólo en continentes diversos y lejanos sino en la pequeña península europea de la “tierra central”. El significativo retorno de las naciones europeas a sus territorios históricos geopolíticamente condicionados y constituidos, manifiesta, en simple y cartográfica perspectiva, la anómala, extravagante y extemporánea condición de los residuales imperios del extremo occidente europeo.

Un pueblo subyugado alcanza más pronto o más tarde la independencia, a menos que lo liquiden antes, en cuyo caso no puede ya alcanzar nada. Sólo hay un modo de impedir la marcha a la libertad y terminar con la resistencia política de los pueblos, y las naciones dominantes lo saben: acabar cuanto antes con los pueblos mismos por todos los medios que las condiciones y circunstancias permitan. El exterminio, la deportación, la colonización son los más directos, rápidos, completos y seguros. “Donde el conquistador tiene la posibilidad y la voluntad de acometer la destrucción del pueblo subyugado, las conquistas no son fatalmente vanas.”

El nacionalismo imperialista tiende naturalmente al nacionalismo y al imperialismo absolutos, al monopolio, la dominación y la eliminación de toda alteridad nacional. La destrucción de los demás es su objetivo inmanente y consecuente. El imperialismo “absoluto” no tiene por fin la simple subyugación temporal o permanente, la dominación cultural o económica, la espoliación o la explotación de los pueblos agredidos y ocupados, sino su destrucción, su liquidación como pueblos, su substitución nacional, racial, lingüística y cultural por el invasor. Lo que implica un conflicto irreductible, que hace imposibles e ilusorios todo compromiso y toda transacción que le den término.

Si quiere perpetuar su dominación, evitando la emancipación a plazo de los pueblos y Estados subyugados, el Estado dominante debe aprovechar la ventaja efectiva pero limitada que le da su dominación militar y administrativa para cambiar la base social del país ocupado. No son la ocupación y la anexión, son el exterminio, la deportación, la colonización, la exclusión y la asimilación, conjunta o sucesivamente aplicados, los que consolidan los imperios. La elección estratégica de los medios depende de los factores de dominación, geografía, demografía, economía, política, cultura e ideología, momento, situación y contexto internacional.

Con la desaparición o el abandono de la lucha de clases interna, se fortifican la lucha de clases internacional, la unión nacional sagrada, la solidaridad y la resolución del nacionalismo imperialista. Desaparecidos de la realidad ideológica y política el liberalismo, el anarquismo, el socialismo y el comunismo, productos transitorios del optimismo histórico, quedan dueños del campo el fascismo, el nacionalismo y el imperialismo, que han recuperado, asimilado y reinventado sin dificultad a sus antiguos adversarios.

El fascismo es hoy la forma terminal, acabada, necesaria e inevitable del nacionalismo imperialista, porque la empresa sistemática de subyugación y liquidación de Estados, pueblos y naciones, que se pretende absoluta, total y final, no puede ya proseguir sin el recurso a las formas totalitarias más “perfeccionadas” de represión y condicionamiento ideológico de masas.

Contra las ilusiones que los monopolios de propaganda difunden, el conflicto político entre “el nacionalismo ofensivo de la nación que oprime y el nacionalismo defensivo de la nación oprimida” sólo tiene dos soluciones posibles. Por un lado, la solución final, la completa liquidación de los pueblos y los Estados que han tenido la desgracia de perder la libertad bajo la dominación alienígena. Por otro, el fin del imperialismo, la independencia nacional, la afirmación teórica, práctica y no falsificada del derecho fundamental inherente de libertad, libre disposición o autodeterminación de todos los pueblos.

La carrera por la libertad o la destrucción de los pueblos ha entrado ya en la recta final, porque el espacio se agota, el tiempo se acaba, los plazos se cumplen. Un pueblo que no puede o no quiere resistir a la agresión y la dominación alienígenas está condenado a ser liquidado inmediatamente o tras un período más o menos prolongado de opresión y humillación bajo el monopolio de la violencia resultante de la guerra y la ocupación. Libertad o muerte es la única alternativa real que se le presenta.

5. DERECHOS HUMANOS

Todo orden democrático implica la vigencia de los derechos humanos fundamentales. No hay democracia sin poder del pueblo, y no hay poder del pueblo sin los derechos humanos fundamentales. La democracia no funda o constituye los derechos humanos, los derechos humanos fundan y constituyen la democracia.

No hay derechos humanos donde falta el derecho de autodeterminación de todos los pueblos, primero de los derechos humanos y previa condición de todos los demás. Ésta es una prelación de orden estratégico y político.

El derecho internacional de autodeterminación de los pueblos es un derecho formalmente reconocido, no constituido, por las UN y sus Estados miembros. Es el derecho fundamental, inherente, consuetudinario, incondicional e irrenunciable de independencia inmediata frente al imperialismo, condición de todos los derechos humanos y constitutivo de toda democracia, inseparable del derecho inherente de legítima defensa que es exigencia y reserva positiva de todos los pueblos y Estados.

El ataque teórico y práctico al derecho de autodeterminación de todos los pueblos es tarea permanente de la reacción imperialista. Destruir el concepto mismo del derecho de autodeterminación es para ella objetivo ideológico de primera necesidad.

Colaboracionistas y cómplices del imperialismo reclaman ahora el “derecho de los pueblos a decidir su futuro votando entre todas las opciones, todas legítimas y respetables, en un clima social sin violencia política ni legalizada ni de respuesta” etc. Sandeces de este calibre permiten apreciar los devastadores efectos de la represión de las ideas y del monopolio de la propaganda fascista e imperialista sobre las masas sin defensa.

El imperialismo y el fascismo no son “opciones u opiniones legítimas y respetables”. Son crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad. Contra lo que la propaganda monopolista y sus colaboradores y cómplices pretenden, fascistas e imperialistas no son pacifistas no-violentos, defensores de la libertad y la democracia, gente decente y personas de bien, políticos honrados y honorables. Son bandas en grande de ladrones y fanáticos, asesinos en serie y de masa, enemigos de la libertad y de los derechos humanos, delincuentes y criminales, autores de las mayores ofensas que registran la moral y el derecho. En cuanto tales, no tienen derechos. Es tarea ineludible de los pueblos oprimidos defenderse contra ellos. “Por todos los medios a su alcance”, según repetidas e insistentes resoluciones de la Asamblea general de las UN, incluida la legítima defensa frente al crimen organizado internacional.

La ausencia de toda violencia como condición del derecho de autodeterminación, o de cualquier otro, es un desvarío más. Sin violencia constitutiva no hay política ni derecho, ni derechos en general, ni derecho de autodeterminación en especial, ni falta que hacen.

Subordinar el derecho de independencia contra el imperialismo a consultas, elecciones, votaciones y decisiones libres y democráticas bajo el imperialismo implica negar el derecho de autodeterminación, que es incompatible con el imperialismo, o negar la realidad misma de la ocupación imperialista, que es incompatible con la libertad, la democracia y los derechos humanos en general. Si se trata de Estados fundamentalmente democráticos con deficiencias subsanables, como dicen, el imperialismo y el fascismo no existen, y nada se puede contra ellos, la libertad nacional y el derecho de autodeterminación de los pueblos están en vigor, y no hay nada que hacer para restablecerlos, pues no hay nada que restablecer.